

en sociedad, y cultivar las luces del espíritu.

El sugeto de quien hacia mas estimacion era Mons.\*\*\*, Ministro de Justicia de una Aldea inmediata, por su probidad, talento y erudicion. Este buen hombre frecuentaba mucho la casa del comerciante, y era al parecer el amigo mas íntimo suyo, entrando, saliendo, y comunicando tanto mas quanto no encontraba en sí accion por quien se lo reprendiese, ni tenia por qué temer. No obstante, ya el marido empezó á sospechar algo, y disgustarse un poco de las frecuentes visitas, no solo de aquel Ministro, sino de las de los demas literatos que conversaban en tertulia con su esposa. Llenóse de allí á poco de zelos, pero como el ser zeloso sin constante causa es flaqueza necia y ridicula, lo ocultó quanto pudo. Tan bien supo disimular sus zelos que jamas la muger pudo maliciárselos con toda su sagacidad.

Al contrario, el astuto esposo aparentaba cada dia amar mas á su muger, y hacer mas confianza de ella; de calidad que aun aquellos que conociesen mejor el corazon humano, jamas se hubieran persuadido que baxo de aquella apatencia se ocultase una desconfianza tan fina.

Una tarde á eso del anochecer el descuidado Ministro salia de la casa del comerciante: éste le atisvó, y arrojándose sobre él le hirió malamente con un cuchillo, hasta punto de que el pobre herido cayó en el suelo ahogado en su sangre, y muriendo de allí á breve tiempo. A sus voces lastimosas acudió gente, y se le prendió al agresor, porque el Ministro pudo declarar quien era. Formado el proceso, y substanciada la causa le sentenció el Tribunal de... á pena capital por haber recaido su asesinato en una infundada y falsa sospecha. Ya estaba dispuesto para sacarle al suplicio, quando su esposa pide á los Jueces licencia para hablarle.

El delito del marido, y la infamia que habia creído en su muger, no fueron bastantes para que ésta se entiviese en su amor. Lo que únicamente sentia en parte era la desconfianza que habia hecho de ella. Vuestros injustos zelos, amado esposo, le dixo, son los que me conducen al suplicio. Una sola palabra que me hubieseis insinuado bastaria para destruir todas vuestras sospechas, aunque éstas fuesen las mas